

TAMBORCITO

PEDRO RUMBO A TACUARÍ

Silvia Miguens

ILUSTRACIONES DE **Andrés Alvez**



Planetalector

TAMBORCITO

PEDRO RUMBO A TACUARÍ

Silvia Miguens

ILUSTRACIONES DE **Andrés Alvez**

GRUPO EDITORIAL PLANETA



30 de septiembre de 1810

Hoy, mamá y la abuela Petrona me despertaron con una rosca de maíz dulce porque dicen que hace doce años que nací y todavía no pudimos festejar el día de mi santo, San Pedro. Papá me regaló un cuaderno, así lo llamo, donde tomar notas de lo que pasa cada día en el pueblo, en la escuela y en la casa. Lo que me gusta y lo que no me gusta. Dice papá que es importante escribir un *diario personal* para que, cuando seamos viejitos, podamos recordarnos en cada tiempo de nuestras vidas. Y para que nos recuerden. Él lamenta no haber escrito uno porque ya se olvidó de sus aventuras, de las alegrías y de lo que le daba miedo.

Es un buen regalo. Lo hizo recortando papel del que usa don Tito en su almacén. Con hilos del costurero de

mamá unió las hojas a dos tapas de cuero suavcito. Para terminar, con un clavo que quemó en el fogón, escribió en el frente: “Pedro Ríos, 1810”.

Año que, según el maestro Ríos, debemos *recordar* y *no olvidar* nunca, porque hace poco más de un mes, el 25 de mayo, se libró en la Santa María de los Buenos Aires una revolución contra el virrey español y desde entonces tenemos un gobierno criollo. Papá prometió enseñarnos la diferencia entre *recordar* y *no olvidar*.

1 de octubre

Mi papá es el maestro Ríos, y yo, Pedro Ríos, soy el más atento de sus alumnos. Algún día ocuparé su lugar en la escuela. Por ahora, lo ayudo a escribir con letra clara y redondita, en esa madera negra y lustrada que colgó de la pared y llama pizarrón. También ayudo echando agua en el patio, porque con la brisa se nos llena de tierra la comida. Las mamás cocinan en el fogón y comemos bajo la enredadera de uva chince. Estas cosas dice papá que puedo contar.

Escribo al atardecer, cuando el sol se esconde y los pájaros que cantan desde el amanecer dejan lugar a las aves nocturnas. Es lindo pensar y escribir acompañado por búhos y zorzales, mientras mamá enciende el farol de la cocina que alumbra mi

cuaderno en la mesa de la galería. Entonces, pienso en lo sucedido desde la mañana. Aunque a veces nada sucedió.

GRUPO EDITORIAL PLANETA

3 de octubre

A veces no sé qué escribir. Papá dice que, aunque por fuera todo parezca quieto, por dentro, en el corazón y en el estómago, nos pasan muchas cosas, es donde nuestras alegrías o penas aletean como mariposas. Eso dice, y que igual ocurre con nuestro ánimo y nuestro desánimo.

Papá prometió que, además de enseñarnos la diferencia entre *recordar* y *no olvidar*, nos contará la diferencia entre ánimo y *desánimo*. Por ahora, debo pensar qué contar y cómo escribirlo. Creo que le pediré que también nos enseñe la diferencia entre *escribir* y *contar*.

4 de octubre

Hoy abrió la primera flor de *mburucuyá* y se escucharon pájaros nuevos. Después de clase iremos al río con Candela. Los compañeros gritan que somos novios porque nos gusta caminar solos. No entienden que solos no estamos, nos acompañan los pájaros, las ranas, el agua del arroyo, los grillos, las abejas y algún colibrí. Según mamá, Candela es redondita y colorada como una flor de ceibo.

6 de octubre

Candela vino del convento de las Clarisas, en la Santa María de los Buenos Aires. Una de las religiosas, la hermanita Dolores, la trajo a Yaguareté-Corá a la casa de sus propios padres, quienes adoptaron a Candela y le dieron un hogar. Aunque Candela ya sabía leer y escribir, dibujar y pintar, la llevaron a la escuela y el maestro Ríos nos sentó juntos.

Cierto día, llegó un baqueano cargando una gran caja de madera en una mula. El hombre nos observó a todos. Apenas vio el pelo colorado y las pecas de Candela, puso la caja a sus pies. Le entregó una esquila, que ella leyó en voz alta: "Para mi hija *Candle*, que vive en Yaguareté-Corá, de su padre, Billy O'Connor". Candela lloró. Hasta entonces nada sabía de su familia ni de sus antepasados.

Al parecer, según la hermanita Dolores, el papá de Candela había llegado a la Santa María en un barco británico, de reconocimiento, en los años previos a la invasión inglesa y se enamoró de una niña *porteña* cuyos papás no le permitirían casarse con un pirata, eso dijeron. Entonces, el irlandés, que pirata no era, entre la cárcel y el mar, eligió el mar. En cuanto a la muchacha, fue recluida en un convento y a los pocos meses nació Candela. Dejo acá para seguir mañana.

8 de octubre

Ayer, ayudamos a Candela con el regalo. Abrimos la caja quitando correas y clavos. Era un arpa. Nunca habíamos visto una, aunque se parecía un poco a la de la capilla, que había pertenecido a un padrecito jesuita. En el frente de la caja había una pintura, que papá llamó *escudo de armas*, en homenaje a Brian Boru, rey de Irlanda que, según papá, fue un gran guerrero y un gran músico. Papá dijo que pronto nos contaría sus aventuras.

Apenas Candela tocó las cuerdas, brotaron melodías que no conocíamos. Nunca habíamos escuchado ese sonido, ni siquiera a la hora del ángelus cuando el padre Camilo tocaba el violín y la pequeña Yurui lo acompañaba con el arpa del cura jesuita. Candela dijo que seguramente esas melodías se las dictaba el

fantasma de su abuela irlandesa. Todos se burlaban de ella menos yo, porque en Yaguareté-Corá sabemos mucho de aparecidos y fantasmas.

GRUPO EDITORIAL PLANETA

10 de octubre

A noche me quedé dormido mientras escribía. Me desperté con la luna bien alta, el canto del zorzal y la cabeza en el cuaderno. Retomo lo que contaba ayer. Cuando vamos al río, Candela lleva el arpa y yo mi tambor. Cuando ella canta, yo apenas doy unos golpecitos en el tambor para no molestar su voz ni la melodía.

A veces, ella cuenta algunas leyendas de Irlanda que le contaba la hermanita Dolores en el convento. La que más me gusta es la del duende del arcoíris que, como todo duende, vive escondiéndose y la única forma de verlo es después de las lluvias, cuando atraviesa el arcoíris que es el puente entre el cielo y la tierra. El duende carga una bolsa de monedas de oro y si uno lo mira, se asusta, entrega las monedas y corre a

escondese de nuevo al otro lado del arcoíris. Entonces, con tanta agua y arcoíris de por acá, seguro que existen esos duendes. “Pero sin oro, porque el oro se lo llevaron los conquistadores”, le dije, pero Candela se enojó y apuró el paso dejándome atrás.

Mis cuentos de conquistados y conquistadores no le gustan. Cuando caminamos en silencio, se escuchan el viento y el agua entre los juncos. Candela dice que soy su mejor amigo porque escucho con atención su música y sus historias tanto como sus silencios. Le digo que eso pasa porque cuando veo sus pecas me olvido de todo. Ella se pone aún más colorada.

Me gusta cuando mira al horizonte como si pudiera ver más allá de los esteros y de la laguna del Iberá, donde este brazo del río Corriente se mezcla con el Paraná, y corren juntos hacia el Río de la Plata y alcanzan el mar. Aquel mismo mar y océano que el papá de Candela navegó desde Irlanda hasta la Santa María, mar al que debió volver después de que lo obligaran a abandonar a Candela y a su mamá.

Ayer, cuando recordamos ese cuento de la hermana Dolores, Candela murmuró sonriendo: “Entonces será de papá de quien heredé las pecas y el pelo colorado”. Candela habla del papá, y sus ojos parecen dos gotas

de rocío en las flores de madreselvas. Cuando veo ese brillo en la mirada, le cuento de los colores del atardecer, pues son los que más se le parecen. Si aun así no logro hacerla sonreír, le digo que mis ojos son negros como los de un yacaré negro. Ella sonríe y dice que son negros como una noche sin estrellas, porque no le gusta nombrar a esas bestias. A los juncos ni se acerca porque es donde reinan el yacaré negro y la boa amarilla.

De todo eso hablamos y quiero escribir. Pero hoy ya me cansé; un mate cocido con *chipá*, y a dormir.

11 de octubre

El maestro Ríos prometió contarnos la historia del rey Boru, pero apenas entró al aula llenó de cuentas el pizarrón. Candela y yo nos sentamos atrás porque no nos dan trabajo las cuentas y a papá le gusta ayudar a quienes les cuesta sumar y restar.

Candela empezó a dibujar en su cuaderno unas flores de *irupé*. También tuve ganas de dibujar. Le conté a Candela en forma de historieta el sueño de anoche. Caminábamos de la mano bordeando el río cuando, de pronto, estallaba un gran alboroto en el agua. Corríamos entre los juncos hasta un claro donde descubríamos una boa *curiyú* y un yacaré entrelazados en una pelea feroz.



En el primer cuadro de la historieta, dibujé el yacaré, que en guaraní significa *cabeza fuera del agua*. En el segundo cuadro, una gran boa amarilla o *curiyú* sobre un camalote. En el dibujo del tercer cuadro, ambos se enredaban en una pelea. En verdad, el yacaré se defendía de la boa. Las boas buscan siempre comer algo que les lleve días digerir para no tener que volver a cazar tan pronto. En el cuarto cuadro, dibujé a la boa con la boca abierta, por donde se asomaba el medio cuerpo del yacaré. En el quinto cuadro, la boa culebreaba entre los yuyos, sin terminar de digerir su presa y sin ver que, por detrás, se acercaba un yacaré negro en busca de esa cría que ella había atrapado.

Candela miró mis dibujos y arrugó el ceño. No me cree cuando le digo que la boa y el yacaré no son malos, que solo cazan cuando tienen hambre. Me enoja cuando no me cree y como había dibujado un guacamayo rojo con carbonilla, para enojarla le dije que no era un guacamayo, sino un loro negro. Y ella, respondona como es, dijo que me faltaba el último cuadro en el que un gran yaguareté amenazaba con comerse al yacaré que se comería a la boa que se comió a su cría. Candela siempre quiere ganar. Esta vez le ganaría yo. Mañana sigo contando.